

¿Amenazas en el Sahel?

Javier Aisa

Área Internacional y de Derechos Humanos de IPES

Los autores del secuestro de los cooperantes han podido ser salteadores o las bandas *yihadistas* que operan en el Sahel. O la suma de ambos. Esa versión radical y violenta del Islam se organiza muchas veces mediante la unión de simples delincuentes con fervorosos musulmanes, que han escogido las armas para difundir sus dogmas, en contra de la mayoría pacífica de los creyentes. Los Grupos Salafíes por la Predicación y el Combate - surgidos al final de la guerra civil en Argelia durante los 90- junto a otras pequeñas células pertenecen a la nebulosa de Al Qaeda desde que fueron aceptados en la "Base" en 2006. El nuevo movimiento (Al Qaeda del Magreb Islámico) ha trasladado su estrategia y acciones terroristas del ámbito local al regional y ha creado secciones móviles situadas en el norte de Mauritania, Malí y Níger, países del desierto con fronteras porosas.

El Sahel es la "tierra de nadie" que recorre África de un lado al otro, en el límite entre el Magreb y el África subsahariana. Con un pasado glorioso de reinos y redes comerciales, después en decadencia, ha sido también un territorio ignorado por los actores internacionales. Sin embargo, esta región emerge ahora como un destacado escenario económico, dadas sus posibles y apetecidas reservas de petróleo, gas y oro; y político, por la obsesión de contrarrestar el terrorismo sólo con operaciones militares.

Además, en el Sahel predominan las tensiones locales. La pobreza ha posibilitado el contrabando como forma natural de intercambios económicos, convertidos – un recurso para lograr mayores beneficios- en secuestros y en tráfico de drogas, armas, coches y hasta de personas que quieren llegar a Europa. Después de la descolonización, los Estados se sustentan en una concepción patrimonial y jerárquica de la política, cuyas bases son la religión, la familia, los grupos étnicos, el clan, la autoridad, la coerción y los ritos. La sociedad civil apenas disfruta del poder político y económico y muestra un sentimiento de incertidumbre y desconfianza ante una democratización que nunca llega completamente, porque no construye instituciones independientes del régimen, ni incluye a todas las identidades étnicas. Es el caso de los *tuareg*, calificados de bandidos y rebeldes.

En este marco de fragilidad, la reislamización militante – encabezada por los predicadores *tablighi*, entre otros- pretende responder a estos problemas con la sumisión a una fe totalizadora y determinante. El paso posterior a un *yihad* agresivo es el resultado de la represión política contra los islamistas; pero al mismo tiempo de la manipulación que los grupos más sectarios – una amplia red difusa y diversa - hacen de la religión y de las

dificultades que atraviesan las sociedades musulmanas, para demostrar que la pureza ideológica y el poder sólo se pueden lograr merced a la venganza y el castigo.

Precisamente, Mauritania es un buen ejemplo de las trabas originadas por la integración en el Estado de un complejo mapa multiétnico (árabe-bereberes nómadas y tribus negras) y los intentos de democratización. El Ejército se considera la columna vertebral del país, mientras margina a la sociedad civil, más acostumbrada a las mediaciones tribales. En agosto de 2008, Mohamed Abdelaziz, jefe de la guardia presidencial y golpista constante, derrocó al primer presidente elegido democráticamente, Sidi Abdellahi, que había autorizado la participación de los partidos islamistas en las elecciones. En consecuencia, el golpe no se hizo esperar. Ahora, Aziz (el “querido”, según sus partidarios) ha cambiado el uniforme por impecables trajes de civil y ofrece un programa populista. Como instrumento para recuperar la confianza de Francia y de Estados Unidos y garantizar su permanencia en el poder, ha legitimado el golpe en las elecciones presidenciales de agosto, ganadas sin problemas gracias a una oposición dividida y a la campaña que realizó entre la población más empobrecida. Autoproclamado “presidente de los pobres”, les ha prometido trabajo, ventajas sociales, disminución de los precios de los alimentos básicos y un equilibrio político entre las poblaciones negras y moras.

El bloqueo a la influencia de la religión musulmana en la política provoca que las facciones extremistas consigan nuevos adeptos. Pero, asimismo, el terrorismo de los grupos violentos es la mejor justificación que tienen Aziz y los gobiernos de la región para obtener créditos, inversiones, nuevo armamento y el reconocimiento internacional de un régimen surgido por la fuerza.

El secuestro coincide – quizá es parte del conflicto - con la decisión adoptada por las autoridades militares de Argelia, Malí, Níger y Mauritania de iniciar una ofensiva de envergadura contra las bases radicales, según señala la cooperación regional prevista por la Unión Africana. De esta manera, vale la pena apuntar algunas frases de un libro imprescindible para conocer el Sahel (“Terrorismo internacional en África”, de Jesús Núñez Villaverde): “mejorar la situación en la zona no pasa sólo por actuaciones clásicas (seguridad fronteriza, fortalecimiento de las fuerzas de seguridad locales, despliegue de más fuerzas militares...) sino que deben reorientarse hacia el sometimiento de la fuerza militar al poder civil, la consolidación del Estado de derecho y el respeto escrupuloso de los derechos humanos”. En caso contrario, la amenaza será cada vez más cierta y próxima.